

10 (636-15)
Así habla p. 40

JEAN-PAUL SARTRE

de los DEJAN TAPAS

Sucesos de Hungría

*Traducción y Comentarios de
Alejandro Magnet*

PUBLICACIONES DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
SANTIAGO (CHILE) — ENERO 1957.

Cuando se difundió por el mundo entero la noticia de que las tropas rusas declararon en Hungría para mantener el régimen comunista y que se habían retirado de Budapest bajo la presión popular, volvían reforzadas para ocupar la capital, la conciencia de los hombres libres se sublevó. A falta de otro apoyo que hubiera podido impedir el aplastamiento del heroico pueblo húngaro, dirigentes políticos, sindicales, intelectuales y religiosos de todo el mundo libre, expresaron su solidaridad con los hombres que a precio de su sangre, resistían la imposición del imperialismo ruso. Al mismo tiempo ante la contradicción flagrante entre lo que se afirmaba como doctrina y lo que se hacía en la práctica, en el seno del movimiento comunista de todos los países comenzó una crisis cuyo desarrollo final es aún imprevisible. Muchos de los que hasta entonces habían visto en el comunismo un vasto movimiento de liberación humana y aceptado sus tradiciones y volteretas con vistas al objetivo final, comprendieron que ninguna esperanza podía depositarse en la doctrina o en los hombres capaces de perpetrar un tan cínico atentado a la dignidad del hombre y de "justificarlo" luego con su crimen por aún.

Del mismo modo que Pietro Nenni en Italia condenó la opresión soviética y se solidarizó de sus amigos comunistas, Jean-Paul Sartre, en Francia dejó en clara posición ante la que llamó "abyecta mentira" del comunismo soviético. Sartre, cuyo prestigio de escritor y filósofo en todo el mundo es innegable, había llegado a identificarse con el Partido Comunista al identificarlo con los intereses de la clase obrera. Después de lo ocurrido en Hungría no podía, evidentemente, mantener la misma creencia y que salvar su responsabilidad. Para ello concedió al semanario "L'Express" de París, que representa la tendencia del radicalismo francés que apoya a Mendes-France, la entrevista que aquí se reproduce y que fue publicada originalmente por dicha revista en la edición del 9 de noviembre último.

Como se podrá apreciar, las declaraciones de J.-P. Sartre están informadas por la dialéctica marxista. Ello constituye, en cierto sentido, una limitación, pero, por otra, da una mayor fuerza a su crítica. En todo caso, ella es insuspectable por provenir de un hombre que, hasta el día anterior, había apoyado integralmente la política comunista incluso en sus manifestaciones del más puro corte staliniano. Como el mismo Sartre dice al término de sus declaraciones, le es indiferente lo que los "ortodoxos" puedan decir ahora de él, dado lo que esos mismos hombres dicen de lo ocurrido en Budapest. Nadie que, en lo sucesivo sea atacado por los comunistas, podrá oponer mejor defensa y nada podría expresar mejor la quiebra profunda del comunismo como movimiento revolucionario. La metralla en Budapest ha disipado las últimas dudas y es dable creer que ni los cínicos que defiendan la matanza las puedan ahora tener. Por las dudas, "así habla Jean-Paul Sartre de los sucesos de Hungría".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

10/636-15/10)

• ¿Qué sintió Ud. al saber los acontecimientos de Hungría y cuáles fueron sus primeras reacciones?

—Mi primera reacción fue la angustia. Se había cometido esa falta increíble: solicitar la intervención de las tropas rusas, y aún no se sabía si el culpable era el último régimen o el nuevo gobierno húngaro. Al cabo de unos días, la angustia cedió su lugar a la esperanza y hasta a la alegría: si el comando ruso —que, según se acaba de saber, había sido llamado por Geroe— había cometido la torpeza criminal de acceder a ese pedido, había también retirado en seguida sus tropas de Budapest.

Se hacía presente que algunos regimientos soviéticos habían retrocedido ante los sublevados antes que disparar sobre ellos y que un número de soldados rusos habían desertado. El Kremlin se mostraba vacilante y parecía que los insurgentes iban a vencer. Quizás, a pesar de la primera y terrible efusión de sangre, la Unión Soviética querría llegar a una solución negociada, como la que se había aplicado en Polonia.

La angustia me dominó inmediatamente después, más intensa cada día. No me abandonó cuando se pudo ver que salía de su prisión y, súbitamente, aparecía en el primer plano, el Cardenal Mindszenty. Entonces pensé: la U. R. S. S. va a ser cogida por unas tenazas. Ya les han entregado su Cardenal a los húngaros, ¿qué falta para que vuelva Horthy y se produzca la integración de Hungría en el bloque occidental? Los rusos tendrán que abandonar Hungría o principiar de nuevo las masacres. La neutralidad que Nagy pedía no era, evidentemente, sino una exigencia mínima, formulada bajo la presión de los sublevados y que no les bastaría a éstos.

La vuelta de los antiguos partidos, la caza de los miembros de la policía secreta y, sin duda, también de los funcionarios comunistas, la decisión de cambiar el nombre del Partido comunista; el regreso de los emigrados, la aparición de los "emigrados del interior", la posible existencia de una conspiración reaccionaria en el seno del ejército, todo indicaba que la insurrección húngara se orientaba hacia la completa liquidación

de lo que se llama "las bases reaccionarias del régimen".

En trágica situación fue recibido, entonces, a través de Radio "Budapest" por uno de los últimos miembros comunistas del gobierno de Nagy. "Nos encontramos copulados entre la amenaza de una vuelta de la rejera. Aquella dio lugar a la intervención rusa y sirve para explicarla". Pero explicar no es excusar y, evidentemente, la intervención ha sido un crimen. Es una muestra de querer pretender que los obreros han hecho algo a las tropas rusas.

No hay más que escuchar los llamados de Kadar en noches pasadas: "Obreros, campesinos, ¡unidos a nosotros! El partido comunista sobrevive la fase más trágica de su historia. Reconciliados con el pasado, por la única forma cambiando el nombre del partido". ¿Serán sólo necesarias tales llamadas de no haber sostenido todo el pueblo a los insurgentes? Si los obreros y los campesinos, después de haber "manifestado su legítimo descontento", para hablar como "Fronda", hubiesen unido al gobierno de Nagy para rechazar a los emigrados, tal vez se hubiera producido la guerra civil; pero según despacho, ninguna radiodifusión, incluso en las democracias populares, da noticia de guerra civil alguna. Todo era confusión, desequilibrio, en los grupos de sublevados que aparecían por todas partes.

En esos grupos, unidos para luchar contra los soviéticos o para pedir su partida, se no surgían a elementos reaccionarios o inspirados por el extranjero. Pero ahí está el hecho de que obreros y campesinos del lado de otro hayan aceptado combatir del lado de esas gentes. El elemento comunista avanzando, animado por la voluntad de democratizar el régimen, coexistía con los reaccionarios en los mismos grupos, los cuales, al mismo tiempo, comprendían muchas otras tendencias. Esos grupos oscilaban de un lado hacia otro, según su propia composición o el desarrollo de los acontecimientos y, por último y sobre todo, en función de la intervención rusa.

En una palabra, era sobre el pueblo entero y no sobre un puñado de emigrados en armas que el Ejército rojo iba a disparar. Es el pueblo, son los obreros y los campesinos —las antiguas víctimas de Horthy— los que aún hoy día son masacrados.

Y el crimen, para mí, no es sólo el ataque

a Budapest por las divisiones blindadas; es que se le haya hecho posible y quizás necesario (desde el punto de vista soviético, naturalmente) por doce años de terror e inbecilidad. Si entre los sublevados llegó a predominar la derecha, fue porque había una pasión que les era común a todos y absolutamente negativa: el odio a los soviéticos y al rakesismo.

Las cacerías por las alcantarillas de Budapest han sido atroces, pero, ¡cuánto debió hacerse odiar el régimen para que ello ocurriera! Fuera de una minoría consciente —los intelectuales, la Unión de Escritores— que fue pronto desbordada por la masa, los obreros y campesinos, después de repetir las lecciones aprendidas de memoria, se encontraron en completa confusión, sin ninguna educación política y social.

Generalmente, las revoluciones populares se hacen en la izquierda. Por primera vez —pero todo es novedad en estos trágicos acontecimientos— hemos asistido a una revolución política que evolucionaba hacia la derecha. ¿Por qué? Porque nada se le había dado al pueblo: ni satisfacciones materiales, ni fe socialista, ni siquiera una clara visión de lo que ocurría. El pueblo se equivocaba, es cierto; pero, ante todo y aún en sus errores, el pueblo tiene derecho a la libertad y al respeto. Los trabajadores se emancipan por sí mismos, a través de faltas y experiencias; los errores no se corrigen a cañonazos. Por último, el stalinismo es enteramente responsable de esos errores.

A pesar de las reservas que hace como lógica consecuencia de sus personales convicciones políticas o de sus meros prejuicios, no hay duda de que Sartre se pronuncia sin amarguras contra la intervención soviética en Hungría. Su posición resalta más si se la compara con la asumida por otro escritor: el poeta Pablo Neruda. Cuando estalló la rebelión húngara, Sartre se hallaba en París, en el corazón de una Europa íntimamente convulsionada por lo que ocurría y pendiente de todas las noticias que por muchos conductos llegaban del teatro de los acontecimientos. Puede presumirse, por tanto, que la información del escritor francés ha sido mejor que la de su colega chileno. Por otro lado, todo indica también que la sensibilidad del agudo filósofo es distinta a la del gordo poeta. Aquél se sintió dominado por la angustia ante la que se le apareció de inmediato como una falta increíble. Este no tuvo angustia ninguna, sino sólo la preocupación de no ser imprudente polemizando fuera de su país

sobre un asunto que conmovía a la conciencia universal. Esquizado tacto, que recuerda el que tenía Neruda cuando en país extranjero decía, sin temor a polemizar, que Chile estaba sometido a una ayecta dictadura policiaca...

Ese pobre Sartre, mal informado o extraviado por la propaganda capitalista, afirma redondamente que "es una mentira absurda pretender que los obreros han luchado junto a las tropas rusas", y asegura que éstos prepararon "sobre el pueblo entero y no sólo un puñado de emigrados en armas". El pueblo —dice— son los obreros y los campesinos —las antiguas víctimas de Horthy— los que aún hoy día son masacrados". ¿Qué repetir los hechos y los razonamientos aducidos por Sartre, que son clarísimos?

Pero, al término de su jiro de dos meses recitando sus propias versos entre Buenos Aires y Río de Janeiro, Neruda informe que lo ocurrido en Hungría es muy sencillo. ¿Quién puede angustiarse por eso?...

—“En Hungría —dice— agentes imperialistas entraron en contacto con los restos del fascismo de Horthy y les dieron dinero y armamentos para destruir la obra del socialismo, entrando miles de soldados adiestrados en Alemania Occidental... El hecho de que las tropas soviéticas hayan intervenido al nuevo para la liberación de un pueblo contra de las tentativas del capitalismo imperialista, es tan natural como la entrada de Chile de las tropas argentinas de San Martín, que terminó con el imperialismo español en nuestra patria”. (*)

Naturalmente, Hungría está llena de hombres como Manuel Rodríguez que han luchado contra el imperialismo por la liberación de su pueblo. Es inexplicable que esos guerrilleros tengan sobre sus cuerpos destruidos la huella de las orugas de los tanques rusos.

“Vamos callando”, mejor, como el poeta Neruda escribió y no supo hacer a tiempo, volvamos a Sartre.

★ ★

(*) Declaraciones a la revista “Breña”, 19 de Diciembre de 1956.

La derecha pretende que el drama húngaro consagra la derrota definitiva del socialismo. ¿Qué le parece a Ud.?

—Lo que el pueblo húngaro nos ha enseñado a costa de su sangre es la completa quiebra del socialismo en tanto mercadería importada de la U. R. S. S. En la Unión Soviética se sabe todo lo que el socialismo ha costado en sudor, en sangre, en crímenes, en valor también, y en perseverancia. Pero el país se ha elevado también hasta el primer rango entre las potencias industriales. Las condiciones históricas lo permitieron: en 1917, los comunistas ocuparon el lugar de una burguesía aún poco desarrollada, pero que había echado las bases de una poderosa concentración industrial.

Era completamente absurdo imponer una función servil de la construcción staliniana a cada país "satelizado" para convertirlo en una U. R. S. S. de juguete, en un modelo reducido sin consideración a la diferencia de las situaciones. Hungría, en particular, abogada por su exceso de población compacta en su mayoría de campesinos, dirigida antes de la guerra por una clase de grandes propietarios feudales y por una burguesía cobarde y entreguista que prefería la semicolonización a su propio desarrollo, se hallaba tan lejos como era posible de una revolución socialista.

En 1939, las ciudades soportaban apenas la dictadura de Horthy, pero los campesinos, aunque miserables, se acomodaban a ella. Un proletariado inexistente o poco menos y una clase campesina abrumada por prejuicios seculares era lo que los soviéticos tenían ante ellos en 1945. Las primeras elecciones llevaron al poder a un Frente Democrático en el que los comunistas, omnipotentes bajo cuerda, no tenían oficialmente sino un lugar restringido: el 57 por ciento de los votos había favorecido al partido de los pequeños propietarios.

La terrible tarea del nuevo gobierno era la de saltarse etapas, parcelar los grandes dominios y distribuir las tierras a los campesinos mas para operar en seguida una nueva concentración (de las tierras por medio de cooperativas, de las fábricas, de las poblaciones atrayendo el excedente de los campesinos hacia las ciudades) a la vez, burguesa y socialista. Es decir, operar estos enormes cambios en vez de una burguesía que nunca supo asumir sus responsabilidades y en beneficio del socialismo. Todo en ese programa contra las costumbres seculares de los campesinos; en cuanto a los obreros, llegaban del campo y se mantenían más solidarios con las aldeas que con las fábricas.

Nada podía hacerse sin aceptar una impopularidad segura y sin ejercer cierta presión. Era necesario abastecer a las ciudades agrandadas y a la población obrera, que aumentaba cada día, y los campesinos, cuyo número disminuía y se encontraban sumamente provistos de herramientas, no podían ayudar más que aceptando las contribuciones y un comienzo de colectivización.

Una presión semejante ha existido siempre en los países capitalistas. Simplemente la concentración y las diversas formas de expropiación que de ella se derivan, le pagan al individuo las consecuencias de su destino anónimo. En un país socialista, ese destino corre fácilmente el riesgo de tomar el rostro y el nombre del jefe del gobierno.

Convenía, pues, ante todo, que esa presión fuese lo menos irritante posible, por lo cual los planes debían ser modestos y el avance hacia el socialismo debía escalarse a intervalos de un largo período. Había que contemplar de inmediato una derivación del nivel de vida, para que cada cual haya el nuevo régimen, tuviese algo que defender. Conviene recordar que fue la víspera de la "belle époque" lo que hizo la fuerza de la Revolución Francesa. Y luego, sobre todo, en esta etapa de la revolución, lo esencial era convencer. Los chinos dicen: "Siempre hay que explicar..." "Explicar" es hacer propaganda, es informar, educar y también —porque no se convence sólo con palabras— es dar alguna cosa. A las gentes que están ya persuadidas de que el socialismo es lo que sus países necesitan se les puede pedir sacrificios. Pero a gentes que como la mayoría de los campesinos húngaros están, a la vez, contra el capitalismo extranjero y contra el socialismo, no se les puede pedir nada; ante todo, hay que conquistarlos, convencerlos. Exigirles la misma cosa que a hombres que creen ya en el socialismo es crear una escisión más y más profunda en las masas, facilitar el nacimiento de una situación terrorista, fabricar uno mismo todas las condiciones de una contrarrevolución.

No se explicó nada. Un haz de acontecimientos había venido a cambiarlo todo. Primeramente, el Plan Marshall cuya finalidad confesada era impedir la construcción del socialismo en los "satélites", por ello la responsabilidad de Estados Unidos en los actuales acontecimientos es incontestable. En aquel entonces se produjo en seguida un brutal estrechamiento de los lazos entre los países socialistas; del Plan Marshall se originó la "Cortina de hierro". Luego vino la primera rebelión del comunismo nacional: el titoísmo.

Todo llevaba a la stalinización; después del Plan Marshall se vio el desaparecimiento

to del partido socialdemócrata y del partido de los pequeños propietarios; después del titoismo se asistió a la bolchevización del Partido Comunista, es decir, a la eliminación de los elementos nacionales, que resultaron ser, como por casualidad los únicos populares, y que fueron reemplazados por comunidades formadas en Moscú. Es posible imaginar el efecto que tuvieron en Hungría el proceso de Rajk, que había combatido junto a los campesinos durante la Resistencia, y el triunfo de Rakosi, que había pasado largos años en la U. R. S. S.

Naturalmente, esa transformación tuvo dos efectos económicos considerables: la Unión Soviética realizó a su turno la semicolonización de Hungría, y la sobreindustrialización hizo que la colectivización se llevara hasta el exceso. Hungría, más que todos los países de Europa Central, resistió a ese régimen de fuerza. Todos los observadores, incluso los comunistas franceses, están de acuerdo sobre este punto. Fue necesario el terror para mantenerlo. El terror blanco, que en algunos lugares y en estos días pareció justificar la intervención soviética, no ha sido más que la consecuencia del terror rojo.

El error está a la vista: la Unión Soviética había logrado realizar "el socialismo en un solo país" en su propio territorio; se trataba de acertar en la realización del "socialismo en varios países". La U.R.S.S. prefirió reeditar varios "socialismos en un solo país". Esta fachada le permitía constituir el solo medio de comunicación entre un satélite y otro, rechazando así la solución que se imponía: un *commonwealth* socialista con economías complementarias. Ese rechazo se debió a desconfianza de la Unión Soviética y a su deseo de contar con economías complementarias sólo de su propio país. El resultado es que asistimos a la liquidación total de un régimen que nunca fue aceptado por nadie en Hungría.

Hay gente que dice: —Había que salvar "las bases del socialismo" en Hungría. Si las bases del socialismo existían en Hungría, el socialismo se hubiera salvado solo. El Ejército Rojo intervino para salvar en Hungría las bases del socialismo en la U.R.S.S., es decir, para salvar posiciones militares (como lo confiesa Courtade) y minas de uranio.

El análisis que hace Sartre de lo que la Unión Soviética hizo y de lo que debió hacer en Hungría, parece inobjetable en doctrina marxista. Hay sólo un pequeño detalle que resalta en forma monstruosa: durante once años o, por lo menos, desde 1948, para la inmensa mayoría de los filocomunistas, toda lo que ahora aparece clara a la luz de la propia doctrina marxista, no era visible en modo alguno. En las "democracias popu-

lares", bajo la paternal dirección de los rusos y de acuerdo con las sabias doctrinas del marxismo-leninismo-stalinismo, se estaba realizando una gigantesca y benéfica transformación. Sólo ahora resulta que "el pueblo húngaro nos ha enseñado a costa de su sangre la completa quiebra del "socialismo" como mercadería importada de la U.R.S.S."

No se trata de restar méritos a Sartre por sus declaraciones. Ello sería, en cierta medida, pequeño, y no conduciría a nada. Se trata sólo de analizar objetivamente sus afirmaciones y de ellas se desprende que los hombres como Sartre se hallan o siguen presos en la cárcel invisible de su dialéctica.

Sartre, en efecto, critica, invocando el marxismo, la política soviética en Hungría y en los países satélites en general. Señala lo que se hizo e indica, ahora, lo que se debió hacer. Pero esto envuelve una incongruencia que no podrá ser aceptada por un buen marxista, al menos por un marxista que crea que la Unión Soviética es un Estado que ha realizado la doctrina elaborada por Marx, Lenin y sus seguidores. Porque la doctrina o teoría existe —para un marxista— sólo en cuanto es realizada, y de tal manera se identifica con los hechos. Una teoría no se prueba con razonamientos sino con la práctica. De tal manera, el marxismo nunca podrá ser lo que piensen filósofos como el señor Sartre sino lo que realicen los políticos o dirigentes marxista-leninista. Todo lo demás, es pura "ideología". Incluso lo que realicen hombres como Kruschchev o Bulganin no pueden ser simples "desviaciones" sino "momentos del devenir dialéctico, originados por "elementos" anteriores y causa de los que vendrán.

Hasta ahora, el marxismo-leninismo ha pasado al stalinismo, a la "destalinización", al Estado totalitario ruso, a la colonización de las "democracias populares" y a la brutal represión en Hungría. El marxismo-leninismo, de acuerdo con sus propios principios ES pues, eso, y las especulaciones de Sartre u otros como él acerca de lo que debió o pudo ser son divagaciones ideológicas sin consecuencia.

En el fondo, el gran problema puesto sobre el tapete por la represión del marxismo húngaro es éste. Una propaganda internacional inescrupulosa y habilísima, que creaba y aprovechaba determinados estados de psicología colectiva y anhelos de las masas explotadas, podía hacer creer que la Unión So-

...es "el Paraíso de los Trabajadores",
la realización del marxismo-leninismo, pro-
por lo mismo, la verdad de la teoría
trabaja en tal práctica. Los tanques
Budapest y en todas las ciudades de
aplastando a un pueblo que quería
libre e independiente, han destruido para
eso leyenda. De ahora en adelante
hay duda de que quien adhiera a la
doctrina marxista tendrá, lógicamente, que
adoptar una de estas dos actitudes:

a) La de atacar al régimen soviético fun-
dado en 1917 como a la farsa más trágica y
pudorosa de la historia, obra de mistificadores
que han utilizado el marxismo como dis-
fraz de epelitos imperialistas.

b) Estar dispuestos a aceptar todos los
crímenes soviéticos, por sangrientos y gigan-
tescos que sean, todas las mentiras por hu-
mildades y vergonzosas que fueren, porque
es el marxismo-leninismo en un determi-
nado "momento" del devenir dialéctico; to-
do ello con la esperanza de que, en alguna
hora misteriosa, el próximo "momento",
nuestro originado de tales crímenes y menti-
ras, ha de verse libre de ellos.

Toda otra actitud carece realmente de sen-
tido, dentro de una concepción marxista, y
es la vista que hay hombres dispuestos a
aceptar y defender el crimen por medio de
la mentira. La posición intermedia adoptada
por Sartre, de criticar al comunismo, pero
de seguir creyendo en el comunismo, puede
ser muy explicable por "razones" sentimen-
tales o de oportunidad política; pero adolece,
como se ve, de una contradicción fundamen-
tal. Momentánea o circunstancialmente, la
actitud de crítica de hombres como Sartre
puede constituir, y en el hecho ha constitui-
do, un golpe formidable para el prestigio le-
gendario del comunismo. Pero, a la larga, su
actitud de espera, de confianza irreductible,
tendrá que ser aprovechada por el movimien-
to comunista. Es posible, sin embargo, que
el desarrollo de los acontecimientos no per-
mita el mantenimiento de la contradicción y
obligue a optar. Ello no significará, por cier-
to, una simplificación del problema del "an-
ticomunismo", ni una disminución de las res-
ponsabilidades de los demócratas, sino, preci-
samente, todo lo contrario.

o Ud. ha hablado de "democratización".
¿Puede precisar el sentido que da a ese tér-
mino en un régimen socialista?

—Para mí, la democratización es una cosa
que no puede sostenerse sino con una revo-
lución completa de las relaciones entre la Unión
Soviética y sus satélites.

Esta democratización no puede realizarse
sino en una organización de países satélites
concebida más en función de sus intereses
propios que en función de los intereses de la
U.R.S.S. Ella exige, en consecuencia, una ver-
dadera planificación general a la altura de
todos esos países en conjunto. Se comproba-
ría entonces que no es necesario que Polonia
fabrique automóviles: que no pueden andar
que Budapest no tiene necesidad de un tran-
vía subterráneo inundado, que el carbón
polaco puede repartirse más equitativamente entre
los distintos países de Europa Central. Esta
unión de todos los países del movimiento so-
cialista se efectuaría bajo la dirección de la
Unión Soviética, pero tal dirección no es ex-
clusiva de verdad sino en el plano de la direc-
ción común de una política exterior. Es-
tamente sería posible una elevación del nivel
de vida y, con ella, la democratización por
tomar formas concretas.

Cuando el nivel de vida se eleva, se puede
decir la verdad sin temor a disturbios, e in-
clusivo se puede dejar que la otra parte
que es de otra opinión. Se permite a los hom-
bres que revientan de hambre y fatiga por-
que para ellos los errores del gobierno son
un asunto de vida o muerte. Para mí la de-
mocratización no significa necesariamente la
vuelta a la pluralidad de partidos: la respo-
nsabilidad de los partidos conservadores en Hun-
gria hizo más o menos necesaria la presen-
cia —aunque no la intervención brutal— de
los rusos. Pero se puede volver a una demo-
cratización centralizada en el interior del
Partido, se puede restaurar la libertad indi-
vidual, el habeas corpus, se puede suprimir la
censura, crear consejos obreros, etc. Para de-
cirlo todo, a cada gobierno le corresponde de-
cidir en función de la situación y las exigen-
cias de las masas. Pero ante toda para mí
la democratización comenzará cuando esos
partidos abstratos que se llaman partido co-
munista húngaro, rumano, búlgaro, etc., ha-
yan vuelto a tomar, si es tiempo aún, con-
tacto con las masas.

★ ★

★ ★

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

• ¿Cree Ud. que el stalinismo se caracteriza por la absoluta primacía otorgada a la política exterior?

—No estoy seguro. Me parece que, en un comienzo, la Unión Soviética, como era, por lo demás, legítimo, no distinguía entre política exterior y construcción del socialismo. De 1945 a 1948 hubiera deseado atraerse a las repúblicas populares por una lenta elevación del nivel de vida, por la construcción progresiva de las bases socialistas, lo que, al mismo tiempo, le daba seguridad y la defendía contra el cercamiento.

El Plan Marshall es también responsable de haber provocado, además, la obsesión de la ruptura del frente socialista. Mucho me temo, en todo caso, que no hayan sido consideraciones de seguridad militar las que provocaron la intervención rusa en Hungría. Tal es, en todo caso, la opinión de Pierre Courtaud, que, en "L'Humanité", lo confiesa con sus propios fines:

"¿Había que desear que pudiera establecerse en Hungría, en nombre de la libertad, el régimen feudal?"

"La Unión Soviética, cuyas fuerzas se hallaban estacionadas en Hungría en virtud de tratados, ¿podía correr el riesgo de un "vuelco de las alianzas" que hubiese convertido a Hungría en una plaza fuerte de las potencias occidentales en el corazón del sistema de las democracias populares?"



• ¿Cuál puede ser ahora, con respecto a la Unión Soviética, la actitud de los hombres como Ud., que han sido hasta este momento sus amigos?

—Primeramente, le diré que un crimen no compromete a un pueblo. No creo que el pueblo ruso haya tenido nunca mucha simpatía por los húngaros, como tampoco éstos la tenían por los rusos. Raros son, por lo demás, en el pueblo ruso, los que se hallan bien al tanto de lo sucedido. Para eso hay que poder leer la prensa húngara y polaca, si es que se la sigue difundiendo en Moscú. En mi opinión, pues, lo que ha pasado en Hungría tiene en muy bajo grado la virtud de conmover al pueblo ruso y de llegar a sus capas profundas. Tanto más cuanto que se le miente a conciencia. En "Pravda" se escribía pocas horas después de la agresión rusa contra Budapest: "El pueblo húngaro, su clase obrera, todos los verdaderos patriotas de Hungría, encontrarán en ellos mismos las fuerzas ne-

cesarias para destruir a la reacción". He ahí, ciertamente, lo que creen los lectores de la prensa soviética. Es sabido, por lo demás, que las tropas que intervienen en Hungría son constituidas por elementos no rusos. No hay ninguna posibilidad de que los obreros de Moscú vuelvan a decirles a sus camaradas: "Hemos disparado contra los trabajadores húngaros".

No, el pueblo ruso es inocente, como lo son, por lo demás, todos los pueblos, a menos que se hagan cómplices por su silencio de un sistema concentracionario establecido en el interior del país. En la Unión Soviética, el estupor de la población ante el regreso de los prisioneros es muestra suficiente de que nadie estaba al corriente de lo que sucedía. Personalmente, mi simpatía por ese gran pueblo trabajador y valiente no se ha visto alterada por los crímenes de su gobierno.

Esta mañana leía en Combat (el diario parisiense): "Siempre lleno de discreción, Raymond Aron no quería derivar de lo que acababa de ocurrir la satisfacción intelectual que procura el hecho de ver confirmada por tales acontecimientos la verdad de lo que se ha escrito". Pues bien, si Raymond Aron está satisfecho de ver que los acontecimientos confirman sus previsiones es porque tiene el razonamiento bien firme.

Sin duda, él piensa y cierta gente con él que la destalinización era una máscara de simples palabras. Por mi parte, yo creo que es un completo error. Para algunos miembros del gobierno y la burocracia soviéticos la destalinización ha sido el objeto de una voluntad real y les ha hecho correr un riesgo. ¿Quizá alguno de ellos están pagando ya el precio de la tentativa? Sin embargo, se trataba de algo deseable y necesario y yo expreso, a título personal, mi agradecimiento y mi respeto por quienes la intentaron primeramente.

Pero era necesario saber adónde se iba y no dejarse sobrepasar por los acontecimientos. No era necesario jugar a ese juego inútil que el siniestro Hermann llama en "Libération" "la ducha escocesa": no era necesario, en Hungría, por ejemplo, llamar a Nagy al poder en 1953, prometer inversiones más elevadas en las industrias de consumo, actuar en seguida, llamar de nuevo a Rakosi después de haberlo criticado, volver a adoptar la tesis de la primacía sin condiciones de la industria pesada, rehabilitar a Rakosi dejando a su asesino en el poder, luego abandonar bruscamente a éste y reemplazarlo por otro Rakosi con la agravante de ser mediocre, por Geroe, y, para terminar, llamar a Nagy demasiado tarde, cuando ya corría peligro, quitándole desde el primer día todas las posibilidades de reconquistar la confianza popular.

Si, era necesario saber lo que se quería

hasta donde se quería ir, emprender reformas sin anunciarlas estruendosamente. Desde ese punto de vista, la falta más tremenda ha sido el informe de Khrutchev, pues, a mi juicio, la denuncia pública y solemne, la exposición detallada de todos los crímenes de un personaje sagrado, que ha representado por tanto tiempo al régimen, es una locura cuando semejante franqueza no se ha hecho posible por una elevación previa, y considerable, del nivel de vida de la población.

Malenkov había sido mucho más hábil. Había principiado por emprender reformas sin decir nada de Stalin. Es él, por ejemplo, quien había puesto ya a Nagy en lugar de Rakosi en Hungría.

Yo no considero a Stalin como un personaje de cultura e inteligencia considerables. Pero de ahí a que nos cuenten, por ejemplo, que dirigía todas las operaciones de la guerra siguiendo el movimiento de los ejércitos sobre un mapamundi escolar, hay, con todo, un margen muy serio. El mismo Hitler era capaz de leer un mapa de Estado Mayor. Así, el informe de Khrutchev, en vez de ser una explicación franca y completa, no era más que un tejido de anécdotas. Ese informe ha sido un golpe terrible. Confirmó la dictadura del partido en vez de contribuir a reducirla.

Se bien que ese informe no fué escrito en el silencio de un gabinete y que se trata de una improvisación, probablemente de una maniobra del grupo que quería llevar más adelante la democratización a fin de conservar o recuperar las riendas del poder. Pero el resultado fué descubrir la verdad a masas que no estaban listas para recibirla. Cuando se ve hasta qué punto, entre nosotros, en Francia, el informe ha sacudido a los intelectuales y obreros comunistas, se da una cuenta de cómo los húngaros, por ejemplo, se hallaban poco preparados para comprender ese horrendo relato de crímenes y faltas, hecho sin explicación, sin análisis histórico, sin prudencia.

Malenkov y Khrutchev tenían las riendas dejadas: "Aceptaremos, hasta el máximo que podamos, las consecuencias de la destalinización". Los acontecimientos han sido, después de la reconciliación espectacular con Tito, los motines de Polonia y lo que todos sabemos: esa mezcla de brutalidad, a veces inaudita, y de retrocesos, que no deja de recordar al antiguo estilo ruso.

La destalinización ha sido también la ocasión de verdaderos esfuerzos de democratización en el interior, de lo cual se ha beneficiado la sociedad soviética. Pienso que hay que respetar esa tentativa aunque haya sido frustrada. Así, pues, yo creo en ella, en la medida en que hoy no se encuentra bruscamente detenida. Pero temo esa brusca frenada.

Es imposible creer una sola palabra del programa que agita Kadar. Imposible pensar, en particular, que pueda pedir la salida de las tropas soviéticas de Hungría, porque entonces la intervención rusa no habría tenido sentido alguno. El pueblo húngaro está loco de rabia y quedan aún, según se dice, miles de resistencia. ¿Cómo se puede imaginar que el ejército soviético vaya a retirarse? Una vez más, las palabras habrán significado lo contrario de lo que se quiere decir. La palabra "pacificador" en labios de Guy Mollet quiere decir "operaciones militares". Kadar dice "democratización" y esta palabra significa realmente "terror y ocupación extranjera".

Así, a mi juicio, la democratización en Hungría está detenida, al igual que alguna vez continúa. En otras partes ella está, probablemente, detenida también. Es imposible imaginar que un país ejerce la dictadura sobre otros sin ejercerla también sobre sí mismo. En consecuencia, creo en la democratización, pero creo también que por un tiempo está detenida. Es posible que esa detención se manifieste incluso a través de cambios importantes en el seno del gobierno soviético.

★ ★

● En estas condiciones, ¿cómo describe usted su posición personal con respecto a la U.R.S.S.?

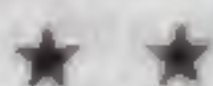
—Condeno enteramente y sin reservas la agresión soviética. Sin atribuir la responsabilidad de ella al pueblo ruso, repito que el actual gobierno ha cometido un crimen y que una lucha de fracciones en el seno de los medios dirigentes ha dado el poder a un grupo (militares "duros", antiguos stalinistas?) que ha sobrepasado al estalinismo después de haberlo denunciado.

Todos los crímenes de la historia se olvidan: nosotros hemos olvidado los nuestros y las demás naciones los olvidarán poco a poco. Vendrá un tiempo en el que serán olvidados los de la URSS, si su gobierno cambia y si nuevos hombres tratan de aplicar verdaderamente el principio de la igualdad en las relaciones entre los países, sean socialistas o no. Por el momento no hay nada que hacer, sino condenar. Rompo a mi pesar, pero por entero, toda relación con mis amigos los escritores soviéticos que no denuncien o no puedan denunciar la masacre en Hungría. Ya no se puede sentir amistad hacia la fracción dirigente de la burocracia soviética: es el horror lo que domina.

Si se le hubiera dejado su independencia a Hungría, se hubiese podido tomar en serio

la proposición del mariscal Bulganin a Eisenhower para realizar una intervención conjunta en Egipto. Pero la idea de una gestión apremiante de los dos Grandes, lanzada al día siguiente del aplastamiento de Hungría, se convierte en una irrisión, una maniobra política. Con eso se termina de desacreditar toda posibilidad de acción de las Naciones Unidas. Basta pensar que ahora nos encontramos ante una situación que se describe así: por una parte, Estados Unidos con Inglaterra y Francia intervienen eventualmente contra la U.R.S.S. en Hungría; por otra, Estados Unidos con la Unión Soviética se enfrentan eventualmente entre Egipto e Israel, contra Inglaterra y Francia, a propósito de Suez.

Ignoro si las Naciones Unidas han sido alguna vez alguna cosa, pero tal absurda confusión prueba que ya no son nada. Por lo demás, si debe haber una conferencia de cinco en Suiza, una vez más, fuera del cuadro de las Naciones Unidas, se buscare y tal vez se encuentre, la distensión.



• ¿Qué consecuencias espera Ud. de los acontecimientos de Hungría para la izquierda francesa?

—La triste realidad de hoy, para mí, es que en estos acontecimientos hay un peligro de muerte para la izquierda francesa si no se producen cambios en los partidos que la constituyen, si las minorías no consiguen dirigir sus destinos con sus propias manos.

Leo en la prensa de esta mañana que el Partido Socialista lanza un nuevo llamado a los militantes comunistas para invitarlos a abandonar el partido y juntarse a la S.F.I.O. (Rección Francesa de la Internacional Obrera), lo que es una singular audacia. Significa decir: "Abandonad a ese imposible Partido Comunista que aprueba el aplastamiento de Budapest y venid a aclamar con nosotros a los que torturan en Argelia". Ante semejante contradicción ¿qué queda de la izquierda?

Sobre el Partido Radical le diré francamente mi pensamiento: No creo que nunca haya sido verdaderamente de izquierda. Más aún, representaba a la derecha desde hace algunos años. Los cambios que le ha impuesto M. Mendes-France, que es a mis ojos un hombre perfectamente respetable en sus ideas y en su vida, han provocado una primera escisión. Y, a pesar de esta escisión, el otro día, Mendes-France no representaba en un voto decisivo más que un quinto de los dos tercios del Partido Radical.

En "L'Express", Uds. han dicho un día de

mí: "Jean Paul Sartre" ha quedado fuera de la partida. Ahora es Mendes-France quien ha quedado fuera del juego".

No creo, pues, que nada en lo sucesivo pudiera venir de lo que antes, en el momento de las elecciones se llamaba "el Frente Republicano".

El Partido Socialista se encuentra en una situación espantosa. Ha traicionado a sus electores y ha traicionado luego a su misma socialista. Actualmente se encuentra del lado de los conservadores ingleses contra los laboristas, lo que es la cosa más increíble que se pueda imaginar. La intranquila conciencia de sus jefes los ha convertido en hombres de un cinismo repugnante. ¿Oyó Ud. por radio a M. Pineau, el domingo pasado? En un tono llorón, un tono de condolencia inapropiada, tuvo dos frases para los valerosos insurgentes de Budapest. Luego, de repente, su voz se puso acerba, mordiente, gloriosa: "Las Naciones Unidas —dijo— habían pretendido ocuparse de un dictador egipcio".

El Partido Comunista francés está compuesto por unos 180.000 adherentes, según creo. De ellos, 170.000 son militantes activos y 10.000 funcionarios permanentes, a razón de 40.000 francos mensuales. Hasta estos últimos años en tanto se trataron de política interna francesa, el Partido Comunista a pesar de sus resortes, se mantuvo en la línea recta, en contacto con las masas; no podía separarse de ellas. Porque, a veces, cuando el Partido tiene el poder, en un régimen autoritario, puede separarse de las masas, pero no puede hacerlo cuando está en la oposición.

Con algunas dilaciones, tomó la buena dirección cuando la guerra de Indochina terminó, finalmente, la tomó. Desalentó, desconcertó a no poca gente, en un comienzo con su actitud ante la guerra en Argelia, pero terminó por tomar también en este asunto el buen camino. Algunos días antes de los acontecimientos de Budapest era aún capaz de ganar votos en elecciones parciales.

Pero el Partido Comunista es un partido internacional. Es, pues, un partido que debe tomar decisiones en materia de política exterior. Pues bien, esas decisiones le son enteramente dictadas hoy por una burocracia enfeudada por completo a la tendencia más intransigente del gobierno soviético.

El resultado son las mentiras más repugnantes como las que era dable leer en "L'Humanité" de esta mañana: "En el momento de huir, los revoltosos pegaron fuego a numerosos edificios. El domingo en la noche Budapest era un mar de llamas. Una de las radioemisoras todavía en manos de los revolucionarios el domingo en la noche, se incendiaba de que el resplandor de los incendios era visible desde varios kilómetros de distancia".

Me cuesta ver a los insurgentes corriendo

... en casa, en la ciudad cercada por
... y bombardeada con granadas por
... para pegarle fuego a sus propios re-
... Es la técnica habitual: se utiliza, de-
... y desnaturalizándola, la narra-
... de los acontecimientos. Es la espantosa
... que han tomado los dirigentes co-
... de ensuciar primeramente a las
... que luego han de matar.



• De acuerdo con su análisis ¿qué espe-
... lo queda a la izquierda francesa tan
... afectada?

—Es evidente que, en lo que nos concier-
... y muchos intelectuales piensan como yo,
... conservamos toda nuestra simpatía hacia
... millones de militantes comunistas, de
... que ahora sé que se hallan torturados por
... angustia; comprendo muy bien además,
... que en los momentos en que su partido es
... atacado por todos lados —aunque sea por su
... culpa— no tengan ganas de abandonarlo. A
... tales gentes se les puede tener simpatía por-
... que no son responsables de las masacres de
... Budapest. Se trata de gentes honestas, con-
... cienzudas, inquietas, y se las encuentra hasta
... entre los diez mil funcionarios del Partido.
... Pero los jefes, ellos sí, son total e irremedia-
... blemente responsables.

Después de años de inquietud, rencor y
... amargura, será tal vez posible reanudar re-
... laciones con la Unión Soviética; bastaría
... para ello que cambiara netamente su ten-
... dencia política. Pero, con los hombres que
... dirigen en este momento al Partido Comu-
... nista francés no es ni será jamás posible
... reanudar relaciones. Cada uno de sus fra-
... ges, cada uno de sus actos es el cumplimen-
... to de treinta años de mentiras y esclerosis.
... Sus reacciones son absolutamente de irres-
... ponsables.

El crimen que acaba de cometerse no com-
... promete, a mi juicio, la responsabilidad de
... los comunistas que no pueden hablar, de los
... que no se resuelven a abandonar el Partido
... porque éste se encuentra en peligro y es el
... único que representa hoy en Francia al mo-
... vimiento socialista. Si se le ha emporcado
... no ha sido sólo por sus crímenes sino porque
... es el único que va hacia el socialismo. Los
... hombres a que me refiero están contra la
... política dictatorial en el interior del Partido.

Además, estoy seguro de que todos los
... hombres de izquierda se reagruparían si, a
... pedido de hombres como Tixier-Vignancour,
... el Partido Comunista se viere amenazado de
... interdicción.

En el Partido Socialista también, hay una

minoría honesta y sincera entre los dirigen-
... tes y una masa de militantes inquietos en
... la base. Por cierto que esta minoría de ha-
... prote tado mucho contra la política del go-
... bierno de Mollet o, por lo menos, sus pri-
... testas no han tenido hasta ahora mucho con-
... to.

Pero si esos comunistas que se oponen a
... la dictadura tienen el poder y la fuerza de
... imponer un cambio de política y si sus mi-
... noría socialista desprende de sí misma un
... Frente Popular de nuevo tipo, cuyo papel de
... mediador podría ser "la Nueva Izquierda",
... existe y que de verdad se encuentra en la
... izquierda, los elementos diametralmente opo-
... sitos radicalismo y los independentes, por
... incorporarse a esa gran corriente. Pero si
... esto no hace, hay que decir que la izqui-
... erda está perdida.



• Dentro de tal perspectiva ¿cómo cam-
... be Ud. las relaciones entre comunistas y so-
... cialistas?

—Los comunistas están dedicados, los
... socialistas, basados en el tema, a
... hacer la política de la derecha que es la
... que regularmente ha perdido a los mi-
... nistros de izquierda que se han ido volviendo
... a ella. No hay más que recordar el ejemplo
... de la Alemania de Wilhelmo y de
... Mollet la izquierda que hoy se ve a
... de partes. No es sólo la que se ve en Ar-
... gelia, son los comunistas que han sido
... barcado en Suiza. Si hasta el punto de
... orienta a los franceses, que los encien-
... tará el día en que pretenda, por su
... impuestos, en seguida por su política y fi-
... nalmente, por sus hijos —por las personas
... se producirán, por desgracia en su vida.
... Se verán tentados entonces de pasar a la
... extrema derecha. Pujade lo ha compro-
... bado muy bien, pues se negó a que sus hom-
... bres votaran en la Cámara "por la reina de
... Inglaterra". Por suerte que Pujade es, en
... todo, un imbécil.

El camino de la izquierda es muy recor-
... do, casi impracticable tal vez, pero es la úni-
... ca esperanza. La "Nueva Izquierda" está he-
... cha de gentes inteligentes: al lado de los
... intelectuales se encuentran allí obreros y pe-
... queños burgueses. Pero a menos que crezca
... enormemente, no representa hoy en el país
... sino unas docenas de personas, tal vez
... Es una tornamesa muy útil para realizar
... contactos, mas el verdadero problema reside
... en otra parte.

El verdadero problema se halla en las relaciones entre socialistas y comunistas. ¿Podrán derribar los comunistas sus propias dictaduras y los socialistas de minoría serán capaces de abandonar el partido? Hasta ahora, los militantes y algunos dirigentes de la S.F.I.O. han luchado en el interior del partido y no han obtenido nada. Por el contrario, el alto número de comunistas han abandonado, uno por uno, un partido en el que se ahogaban, y tampoco esas salidas han tenido el menor resultado.

Una de las condiciones de la lucha socialista de hoy es, precisamente, la existencia de esas fuertes estructuras de los partidos. De tal manera, la dirección del P. C. siempre se dirige "a los socialistas" sin esbozar nunca la menor distinción entre los militantes y los dirigentes, contribuyendo así a la consolidación de éstos. Los opositores en los dos partidos necesitarían un valor y una fuerza considerables para llegar a cambiar las cosas.

La otra perspectiva es que la unidad popular se haga si surge una dictadura, la del mariscal Juin o de otro. Sería la sola manera en que la izquierda hiciera olvidar sus faltas. El Partido Socialista podrá derramar su sangre para pagar la que ha hecho correr. El P. C., después de haber recibido el título admirable de Partido de los Fusilados, puede recibir hoy el de Partido de los Fusileros: serán sus futuros fusilados los que le devolverán el honor, y todos nosotros, los hombres de izquierda, pagaremos por lo que no hemos podido impedir. Aún espero que esa barrida nos sea evitada.

• ¿Cómo se plantea para un militante comunista el problema de la lucha en el seno del partido?

—Si los militantes de base honestos y sinceros se hallan consternados, como todo me indica, que busquen apoyo en las bases obreras, en el interior de la Confederación General de Trabajadores (C.G.T.), por ejemplo.

Por lo que toca a la derecha, nada tiene que reivindicar. Las gentes que no han protestado contra las torturas en Argelia y contra Suez, no tienen absolutamente ningún derecho a protestar contra los acontecimientos de Hungría.

★ ★

• ¿Cuáles serán las reacciones del Partido Comunista Francés ante la posición que Ud. ha tomado?

—Por desagradable que me sea romper con el Partido Comunista, puedo hacerlo porque denuncié oportunamente la guerra de Argelia. No estoy en contradicción con ningún hombre sincero y honrado de la izquierda, incluso con los que permanecen en las filas del P. C. Sigo solidario con ellos, aunque mañana me repudien.

Los dirigentes dirán que tenían razón para llamarme "hiena" y "chacal" desde hace mucho tiempo, desde que Fadeev —que se suicidó— hablaba como hoy lo hace "L'Humanité"; pero me es totalmente indiferente saber lo que digan de mí, dado lo que dicen sobre lo ocurrido en Budapest.

★ ★

0/5624. — "El Imparcial"

Visita de Imp. y Bibl.
11 ENE 1957
Depósito Legal